

11

La ocupación temporaria del espacio urbano:

una mirada a los actores sociales del circuito informal de los residuos en Santa Rosa, La Pampa, Argentina

Aldo Fabio Alonso

Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de La Pampa

@ [afalonso@cpenet.com.ar].

Resumen

Los cartoneros representan uno de los más recientes fenómenos sociales en Argentina. Este trabajo se propone caracterizar la actividad de estos recolectores informales de materiales reciclables en la ciudad de Santa Rosa (La Pampa). Se trata de un nuevo tipo de trabajador, los empobrecidos en la última década como consecuencia de un modelo económico y social de características neoliberales, que buscan en la basura diversos materiales. El ámbito espacial corresponde a una ciudad intermedia -Santa Rosa- que refleja, como cualquier ciudad postindustrial, el problema de la informalidad y de la marginalidad. En términos temporales, consideraremos los comienzos del siglo XXI.

La presentación se basa en una mirada diferente del presente inmediato sobre el espacio social urbano, que permitirá contribuir a conocer el nuevo tejido social de la capital pampeana. La investigación coloca en primer plano el punto de vista de los sujetos sociales. Desde esta perspectiva, el problema se centra en el análisis de las condiciones de producción y uso de la movilidad urbana y del espacio público. El trabajo se organiza en tres ejes: a) caracterización de la actividad de los “cartoneros”; b) los actores del “circuito de la basura” en Santa Rosa; c) algunas propuestas políticas.

Palabras claves: recolectores informales, cartoneros, producción y uso del espacio público, circuito de la basura.

Temporary employment in the urban space: a look at the social actors of the informal circuit of waste in Santa Rosa, La Pampa, Argentina

Abstract

“Cartoneros” represent one of the most recent social phenomena in Argentina. This work aims at characterizing the job of these informal refuse col-

lectors of recyclable materials in the town of Santa Rosa (La Pampa). The “cartonero” is a new kind of worker that emerged especially from those impoverished in the last decade of the twentieth century as a consequence of the implementation of a neoliberal social and economic model, and that search refuse looking for various types of materials.

This research work is carried out in Santa Rosa, an intermediate city that reflects, like any other postindustrial city, the problem of informality and marginality. As regards time location, the research is set at the beginning of the twenty first century.

The presentation is based on a different look at the immediate present over the urban social space that will allow for new insights into the new social fabric of the capital of the province of La Pampa. The research work brings to the forefront the viewpoint of the social subjects. From this perspective the problem centres on the analysis of the conditions of production and use of urban transport and public space. The work is organized around three main points: a) characterization of the job of the “cartoneros”; b) the actors of the “refuse circuit” in Santa Rosa; c) some political proposals.

Key words: Informal refuse collectors, “cartoneros”, production and use of public space, refuse circuit.

A ocupação temporária do espaço urbano: um enfoque nos atores sociais do circuito informal dos resíduos em Santa Rosa, La Pampa, Argentina

Resumo

Os “cartoneros” (catadores) representam um dos mais recentes fenômenos sociais na Argentina. O presente trabalho propõe caracterizar a atividade desses coletores informais de matérias recicláveis na cidade de Santa Rosa (La Pampa). Trata-se de um novo tipo de trabalhador, os empobrecidos na última década como consequência de um modelo econômico e social de características neoliberais, que buscam no lixo diversos materiais.

O âmbito espacial corresponde a uma cidade média -Santa Rosa- que reflete, como qualquer cidade pós-industrial, o problema da informalidade e da marginalidade. Em termos temporais, consideraremos o início do século XXI.

O artigo se baseia em um enfoque diferenciado do presente imediato sobre o espaço social urbano, que permitirá contribuir para melhor se compreender o novo tecido social da capital pampeana. A investigação coloca em primeiro plano o ponto de vista dos sujeitos sociais. Desta perspectiva, o problema se centra na análise das condições de produção e uso da mobilidade urbana e do espaço público. O trabalho se organiza em três eixos: a) caracterização da atividade dos “cartoneros” (catadores); b) os atores do “circuito do lixo” em Santa Rosa; c) algumas propostas políticas.

Palabras-clave: Colectores de refugo informais, “cartoneros”, produção e uso de espaço de público, recuse circuito.

1. Introducción

Los cartoneros representan uno de los más recientes fenómenos sociales en Argentina. Este trabajo se propone caracterizar la actividad de estos recolectores informales de materiales reciclables en la ciudad de Santa Rosa (La Pampa). Se trata de un nuevo tipo de trabajador, los empobrecidos en la última década, que buscan en la basura diversos materiales –cartones, papeles, latas, trapos, vidrios o plásticos– para revender. Así, se refleja –en un primer acercamiento, por el carácter exploratorio de la investigación– la situación que atraviesa una parte de la sociedad argentina, que durante los últimos años ha sido empobrecida como consecuencia de un modelo económico y social de características neoliberales, que alcanzó una profundización inédita.

El ámbito espacial corresponde a una ciudad intermedia –Santa Rosa– que refleja, como cualquier ciudad postindustrial el problema de la informalidad, aunque en un grado de escala menor. En términos temporales, consideraremos los comienzos del siglo veintiuno.

La presentación se basa en una mirada diferente del presente inmediato sobre el espacio social urbano que permitirá contribuir a conocer el nuevo tejido social de la capital pampeana¹. La investigación coloca en primer plano el punto de vista de los sujetos sociales. Desde esta perspectiva, el problema se centra en el análisis de las condiciones de producción y uso de la movilidad urbana y del espacio público. El trabajo se organiza en tres ejes: a) caracterización de la actividad de los “cartoneros”; b) los actores del “circuito informal de la basura” en Santa Rosa; c) algunas propuestas políticas.

1 En este trabajo, seguimos a Milton Santos en la definición de espacio: “no es ni una cosa ni un sistema de cosas, sino una realidad relacional: cosas y relaciones juntas”. Identificamos territorio y espacio geográfico, que en una primera aproximación, lo consideramos como “un lugar donde se desarrollan procesos naturales y donde se despliegan procesos sociales. [...] el territorio no es sólo la suma y la combinación de formas espaciales y procesos sociales. En sentido amplio y en tanto escenario de articulaciones complejas entre sociedad y naturaleza, el territorio contiene a éstos y a sus vinculaciones. Por lo tanto, el territorio no es la naturaleza ni la sociedad, ni su articulación; sino naturaleza, sociedad y articulaciones juntas. En este escenario, cada proceso adoptará una espacialidad particular” (Bozzano, 2000:29). En igual sentido, el espacio urbano es entendido como ámbitos que pueden ser de diferente tipo: naturales, productivos, residenciales, de esparcimiento, consolidados.

Las *fuentes* son producto del trabajo de campo y combinan entrevistas semiabiertas e historias de vida².

2. Marco teórico

Los fenómenos definitorios de nuestra época histórica son la globalización de la economía y la revolución tecnológica informacional. La primera hace depender la riqueza de las naciones, empresas e individuos, de movimientos de capital, de cadenas de producción y distribución y de unidades-gestión que se interrelacionan en el conjunto del planeta, socavando la especificidad de un determinado territorio como unidad de producción y consumo. La segunda, por medio de las nuevas tecnologías de información que permiten la articulación de procesos sociales a distancia, ya sea en las áreas metropolitanas, entre las regiones o entre continentes (Borja y Castells, 2001:12).

La nueva economía global se caracteriza por su carácter extraordinariamente incluyente y excluyente a la vez. Incluyente de lo que crea valor y de lo que se valora en cualquier país del mundo. Excluyente de lo que se devalúa o se minusvalora. Conformando entonces, por un lado, un sistema dinámico, expansivo; y por el otro, un sistema segregante y excluyente de sectores sociales, territorios y países (Borja y Castells, 2001:24).

La revolución tecnológica de la década de 1990 –centrada en las tecnologías de información que incluyen la microelectrónica, la informática, las telecomunicaciones y la ingeniería genética– originó un notable incremento de la desocupación y exclusión de amplios sectores de la población y especialmente la marginalidad de aquellos considerados como “no cualificados” o cuyas cualificaciones no responden a las necesidades requeridas por el mercado laboral. En efecto, el nuevo paradigma tecnológico produce una profunda modificación de las relaciones de trabajo y de la estructura del empleo de todas las sociedades. Sin embargo, y

2 La investigación es básicamente empírica. Metodológicamente se organizó el trabajo mediante preguntas. En total se realizaron 35 entrevistas en el rango temporal de ocho meses [desde junio de 2005]. En algunas pudo utilizarse el grabador manual como registro. No siempre fue posible, no porque existiera cierta resistencia al “aparato” –que la hubo– sino porque preferimos ser respetuosos del “trabajo de los demás”, no “quitarles el tiempo” y entonces “caminar” junto a ellos, parte del trayecto que hacen cada día, contando sus “historias”, lo cual nos permitió a la vez, el seguimiento de todo el proceso de trabajo y aprovechar la espontaneidad del diálogo.

“en contra de una opinión tan generalizada como desinformada, [...] no produce paro, [aunque sí] modifica profundamente las condiciones de empleo y la forma de organización del trabajo [...]. La descentralización empresarial y la desagregación del trabajo constituyen, por un lado, un proceso extraordinariamente flexible y dinámico [...] aunque puede tener consecuencias negativas sobre la productividad a largo plazo al socavar la acumulación de saber tecnológico en el seno de la empresa. Al mismo tiempo, [...] provoca precariedad en el empleo, socava el Estado de Bienestar, pone en cuestión el papel de los sindicatos y, por consiguiente, induce una crisis estructural de las instituciones en que está basada, hoy por hoy, la convivencia social en la empresa y en la sociedad” (Borja y Castells, 2001:26-28).

Estas transformaciones son aplicadas al caso de los países más avanzados. En los países en proceso de desarrollo, se manifiestan dos mecanismos distintos.

“Por un lado, la formación de redes de producción industrial y de servicios avanzados sin la estabilidad y control social del modelo anterior: la nueva industrialización opera ya según las pautas del modelo flexible [...]. Por otro lado, la extensión del trabajo casual o informal en los núcleos urbanos de un mundo en transformación. La economía informal, vieja y nueva a la vez, es la forma extrema de la flexibilidad que caracteriza las nuevas relaciones productivas en una economía informacional, globalizada y polarizada” (Borja y Castells, 2001:28).

La difícil situación económica y social de la Argentina de fines de siglo –más dura y evidente con la crisis política de diciembre de 2001– tiene múltiples reflejos y consecuencias: una de las más graves es el aumento de la tasa de desempleo y con ella, la presencia de miles de personas que perdieron su fuente de trabajo y que deben buscar alternativas precarias para subsistir³. Durante la segunda mitad de la década del noventa han ingresado a la actividad de cartonero numerosos desocupados, desalentados por no conseguir nuevos empleos. Ante la falta prolongada de trabajo formal e –incluso– informal, la recolección se constituyó en la única fuente de ingresos disponible.

En efecto, la recolección de residuos urbanos es uno de los ámbitos que se modificaron a partir de la incorporación de nuevos trabajadores informales,

3 En este trabajo, la crisis es entendida no como producto de una causalidad exclusivamente económica, sino que resulta más profunda, surgida de una combinación compleja de las formas culturales, de los modos de vida, y de las formas de producción y consumo de la ciudad.

que pueden ser considerados desde diferentes perspectivas. Para algunos, la palabra cartonero da cuenta del modo de vida del sector más pobre de la sociedad argentina, considerado como el principal oficio de las villas miserias de Capital Federal y Gran Buenos Aires.

El cartonero se ha convertido en una figura emblemática de la crisis argentina. Conforman un grupo de actores sociales emergentes –que comprenden a los tradicionales cirujas con los nuevos– trabajadores venidos a menos y reciclados en recicladores, que también pueden identificarse en la capital de la Provincia de La Pampa. Estos “nuevos pobres” constituyen un estrato híbrido asociado a la marginalidad⁴. Los “recién llegados” poseen trayectorias de vida con experiencias de trabajo en fábricas o comercios, incluso algunos habrían desarrollado actividades sindicales o eran dirigentes gremiales. Por ello, algunos actores dedicados a estas tareas se consideran a sí mismos como trabajadores, destacando el carácter productivo de su práctica, y otros como desempleados que conciben la actividad como un refugio.

En los últimos años los cartoneros forman parte del espacio público, a tal punto que ocupan las páginas de los diarios –primero por la criminalización de la pobreza y, segundo, por el fenómeno del empobrecimiento de la clase media– aunque debe aclararse que se trata de un trabajo muy antiguo porque identifica al realizado desde siempre por botelleros, cirujas o carreros⁵. En efecto, algunos artículos periodísticos registraron las quejas de los vecinos, porque estos recolectores ensuciaban la vereda o entorpecían el tránsito con sus carros –de automotores o peatones– e incluso, algunos funcionarios públicos hablaron de combatirlos. Las empresas recolectoras de residuos que tienen concesiones con los municipios –a veces fijadas por toneladas– consideran que representan una competencia “desleal” y aluden a la presencia de “mafias”. Las administraciones locales –municipios– varían

4 En este trabajo no asociamos informalidad con marginalidad. Nos ubicamos en la postura teórica de la primera, en el sentido que se sostiene la articulación con el capital, mientras que la marginalidad considera la tesis de la afuncionalidad.

5 Suele distinguirse entre “cirujas” –el que junta de todo– el “cartonero” –solamente cartón y papel– y el “botellero” –fierros, pequeños muebles viejos, algún electrodoméstico casi inservible–. En este trabajo, el término “cirujas” se utiliza como nombre genérico de quienes recogen en la basura materiales que pueden ser reciclados, ya sea a nivel industrial o en el propio hogar. “Cartoneros” y “botelleros” también cirujan pero la estrategia es diferente –unos buscan el material con la vista, otros a los gritos– aunque no son incompatibles (Saraví, 1994:144). El cartonero, como indica su nombre, busca fundamentalmente cartón y papel, aunque no descartará ningún otro material útil. El botellero también levantará materiales que encuentre en la calle, pero no cartón y papel, pues ocupan demasiado espacio.

su perspectiva desde considerarlos como un sector desprotegido y vulnerable, a otra que los identifica como actores que hay que controlar.

La sociedad argentina advierte su presencia como parte del paisaje urbano a veces expuestos también por imágenes televisivas. Y cuando aumentan en número junto con otros marginados –por ejemplo, piqueteros– pasan a convertirse en actores sociales, de precario presente y de futuro casi imposible, que lleva a tomarlos en cuenta como “problema social” desde el discurso hegemónico, que no reconoce responsabilidad alguna en su presencia cada vez más creciente.

Para algunos periodistas, políticos o policías, la actividad de los recuperadores de basura se encuentra íntimamente vinculada al delito. Además, muchos vecinos se hacen eco y colocan en un mismo terreno –por lo demás difuso– el miedo a los robos con la actividad de los cartoneros. Surgió entonces un estigma social vinculado a la condición de cartonero. La idea del robo no es sólo una estrategia policial. Las empresas contratistas esgrimen un artificio legal: los residuos domiciliarios son de su propiedad, por lo tanto, son ellas las que deciden qué residuos recuperan y qué residuos entierran, con lo cual, dicen, el que se mete con la basura, roba (Anguita, 2003:168-169). Así, la actividad se asociaba con la ilegalidad y se la caracterizaba como de baja productividad, escasa inversión de capital, y de mínima separación entre capital y trabajo.

Sin embargo, el discurso represivo principalmente en una ciudad como Buenos Aires –aquel que alude a la presencia de mafias, a que los cartoneros ensucian la ciudad, entorpecen el tránsito o espantan a los turistas– que tuvo cierta receptividad ha dejado de escucharse. En la población hubo un cambio de actitud. Cada vez más hablaron de contemplarlos, de integrarlos antes que de reprimirlos.

Una encuesta refleja que el 90% de los porteños tiene una actitud favorable a los cartoneros (Diario *Página/12*, 23/10/02). En diciembre de 2002, la corriente solidaridad con los cartoneros llega a la Legislatura porteña. Se sanciona la Ley 992, impulsada por el diputado Eduardo Valdés que establece:

“El Poder Ejecutivo incorpora a los recuperadores de residuos reciclables a la recolección diferenciada en el servicio de higiene urbana vigente” (Anguita, 2003:17).

Similar es el alcance que se les da en el estatuto del Sindicato Unico de Cartoneros y Afines de La Pampa, donde son definidos como “recolectores

de material de reciclaje”, denominación que no sólo abarca a quienes juntan cartón para vender sino también a quienes recolectan otros materiales como vidrio, metales y papel⁶.

En este trabajo, preferimos considerarlos como trabajadores informales urbanos de los residuos, que cumplen un rol social y ambiental, al fomentar y realizar la recuperación de materiales aptos para el reciclaje. El cartonero se encuadra en el sector informal, es una actividad realizada por sectores altamente pauperizados, una fuente de ingresos para hacer frente a la difícil tarea de subsistir en un medio urbano. Desde nuestra perspectiva, este abordaje es el más adecuado porque no sólo permite una mirada social diferente sobre su origen —reconociendo la responsabilidades correspondientes— sino que constituye el punto de partida básico para pensar en una política que los integre al conjunto⁷.

3. Marco de referencia: la ciudad de Santa Rosa

Santa Rosa —capital de la Provincia de La Pampa— constituye una ciudad administrativa y de servicios, con profundas vinculaciones a las actividades del campo, en una Provincia netamente agropecuaria. En las últimas décadas aumentó su peso demográfico: mientras que en 1980 reunía la cuarta parte de la población provincial, en 2001, casi un tercio vive en la ciudad⁸. El crecimiento fue provocado por varios factores que se traducen en movimientos provinciales e interprovinciales. El primer caso, es el resultado de la continuación del proceso de modernización en el campo —y la consecuente expulsión de mano de obra— tanto en las tecnologías de producción como en

6 El 30 de mayo de 2004 unos cien cartoneros de la ciudad de Santa Rosa conformaron el Sindicato Único de Cartoneros y Afines de la Pampa (SUCALP) —con sede en el Bo. Aeropuerto, calle Arturo Castro Casa N° 66—. La finalidad es defender los intereses de sus afiliados, principalmente mediante la lucha por conseguir una suba en el precio al que los acopiadores compran el cartón y los demás materiales reciclables que se juntan en la vía pública. Además de las funciones gremiales, también se ha orientado hacia actividades sociales: en la sede de la entidad funcionaba un ropero comunitario a partir de donaciones recibidas.

7 Es muy abundante la literatura sobre la problemática de la informalidad urbana en América Latina. Puede consultarse un balance crítico de las principales líneas interpretativas en Pérez Sáinz (1991).

8 La evolución de la población de la ciudad puede apreciarse comparando los censos: para 1960 (25.276 habitantes); 1970 (34.847 habitantes); 1980 (52.560 habitantes); 1991 (75.067 habitantes) y 2001 (94.340 habitantes) (Censos Nacionales). [Cit. por Tourn (2005)].

las de transporte y comunicaciones, que llevó a la urbanización de modos de vida. Desde la década de 1940 se mantiene –y se refuerza– una tendencia a la redistribución de la población a favor de los ámbitos urbanos, con el abandono de los campos y el traslado, al principio a los pueblos, y luego a las ciudades mayores.

A su turno –para el segundo caso– desde la década del ochenta, fue notable el incremento de población de origen mendocino y bonaerense –proporcionalmente más importante–. La crisis de superproducción en el sector vitivinícola condujo a la baja en los precios; y al tratarse de pequeños propietarios que se vieron imposibilitados de acceder a la tecnología adecuada, con rendimientos menores y en consecuencia, ingresos reducidos, debieron terminar vendiendo.

Un fenómeno natural aceleró la tendencia histórica de las áreas bonaerenses vecinas: a partir de mediados de la década, una serie de inundaciones provocadas por el desborde del Río V, anegó alrededor de un millón de hectáreas destinadas a las actividades agropecuarias, alteró la vida en la región, no solamente en el espacio rural, sino también afectó otras actividades vinculadas, con lo cual, impactó en ciudades de diferente jerarquía.

Desde los años sesenta el crecimiento siguió su ritmo ascendente y la falta de desarrollo endógeno de la ciudad generó dos posibilidades: el surgimiento de grupos marginales o la creación de una importante red asistencialista que morigere la indigencia y persiga gradualmente el logro de cierta igualdad ciudadana. El objetivo se ha logrado parcialmente: existen alrededor de dieciocho mil subsidios a la desocupación, gran parte de los cuales se otorgan en la capital, donde además el municipio sostiene una veintena diferente de planes asistenciales (Tourn, 2005:4-5).

Durante la década del noventa pueden apreciarse dos fenómenos en la ciudad. Por un lado, un fuerte dinamismo que se traduce en saturación del espacio físico y de sus transportes y comunicaciones en determinados horarios⁹, conjuntamente con un aumento en el precio del suelo, de la vivienda y de los servicios y actividades. Por otro, el impacto en la población es

9 La gran cantidad de desplazamientos en horas pico tiende a desbordar periódicamente la capacidad de las infraestructuras y servicios de transporte existentes, aún cuando el incremento de movilidad en medios mecanizados afecta no sólo al transporte colectivo sino también al vehículo privado (Borja y Castells, 2001:200).

desigual; la desocupación se mantiene alta¹⁰, y cualquiera que recorre las calles puede advertir una fuerte polarización social, con notables diferencias en términos de ingresos, particularmente en los últimos diez años.

El proceso se enmarca en un profundo cambio estructural, en el que los sectores tradicionales vinculados a la vieja industria y a los servicios –base principal del empleo y de la inversión en capital fijo– se reducen, mientras crecen los sectores relacionados con servicios más avanzados y con las nuevas tecnologías –más propias de la economía global– en un contexto de fuerte apertura externa que llevó al establecimiento de nuevos locales que venden a bajos precios las más variadas mercancías, de dudosa procedencia y calidad.

En definitiva, Santa Rosa refuerza su papel de principal centro de servicios, información y administración del sistema económico de la provincia, y al mismo tiempo crecen en ella los fenómenos de anomia y marginación. La creciente intensidad de usos del territorio conduce a un progresivo deterioro ambiental de la ciudad que se traduce en contaminación de la atmósfera, en parte por el crecimiento de la circulación rodada; del espejo de agua ubicado al oeste y sus orillas, destino de parte de los residuos de la ciudad; en elevados volúmenes de ruido, por la creciente motorización; el aumento de la inseguridad vial; en grandes cantidades de residuos sólidos que es necesario eliminar, y en presiones cada vez mayores sobre las zonas verdes y áreas naturales –escasas, dadas las características agroclimáticas de la región– y requeridas por la población para el esparcimiento o para la localización de nuevas infraestructuras.

En el nuevo paradigma tecno-económico –dentro de la economía informacional global– puede apreciarse una ciudad dual, que con respecto al mundo del trabajo marca, por un lado, la presencia de organizaciones del sector más moderno, tanto público como privado, con mejores calificaciones a partir de niveles más altos de educación profesional y técnica; y por el otro, y simultáneamente, la presencia de personas que tendrán que seguir creando sus puestos de trabajo en actividades de subsistencia. En definitiva,

10 Según datos correspondientes a los años 1997 a 2000, la tasa de desocupados para Santa Rosa-Toay registrada por el INDEC fue 11,9 y 9,3; 10,0 y 11,3; 11,6 y 10,7; y 10,8 y 11,2, considerando las mediciones realizadas para mayor y octubre. Mientras, la tasa de subocupación indicaba, para el mismo período y meses: 12,4 y 9,9; 9,7 y 11,8; 10,6 y 8,5; 12,2 y 12,0 [Dirección General de Estadísticas y Censos de La Pampa (2006:3)].

la dualidad ocupacional y social se manifiesta en el espacio urbano (Borja y Castells, 2001:66).

A pesar de algunos progresos materiales, este conjunto de fenómenos vividos cotidianamente por los habitantes capitalinos, deterioran su calidad de vida y generan una insatisfacción creciente. En el mismo sentido, desde la segunda mitad de 2001 y más en el 2002, los golpes económicos han dado duro en la población pampeana¹¹.

En este marco aparecieron los cartoneros en Santa Rosa. Al no existir un registro oficial de su número y en muchos casos el interés por pasar inadvertidos –a efectos de evitar denuncias por incumplimiento de las reglamentaciones– dificulta cualquier propósito estadístico que ayude a calcular su cantidad. Es más, una parte de ellos se dedica a la actividad en forma discontinua, agregando un inconveniente adicional a cualquier posibilidad de cuantificación¹².

Ante la presencia de los nuevos actores que se convertían en un fenómeno de magnitud, inicialmente el municipio capitalino no dio otra respuesta que la censura, como si ello resolviera el problema¹³. Algunos argumentos parecen atendibles –como cuestiones bromatológicas– pero qué razones esgrimir para el caso de los cartoneros. ¿Queda feo? ¿Se ve mal? Primero debería pensarse que se trata de quienes intentan sobrevivir trabajando. En efecto, desde el municipio se ha seguido una política de corte estético y/o sanitario que acompañan procesos de exclusión social, y a la vez transfieren beneficios a favor de un gran grupo de la economía privada. Ciertas políticas públicas de gestión de residuos o saneamiento ambiental constituyen en realidad una manifestación encubierta de políticas de exclusión.

11 No resulta extraño por las noches, pero también en cualquier momento del día, ver familias enteras revolviendo la basura, o cartoneros con “carritos” o con los más ingeniosos transportes. El escenario se completa con cantidad de vendedores ambulantes que ofrecen leche, fruta, pochoclo, flores y posters.

12 Sin embargo, podríamos estimar una cantidad variable que en el momento de mayor alcance (en el bienio 2002-2004) involucraba entre 300 y 350 personas, en función al cruce de información entre los cartoneros y acopiadores locales.

13 Una de los testimonios es contundente: “Tuvimos un problema con el tema de los cartones y nos defendió la gente del centro, fue cuando el intendente que estaba antes quería sacarnos y gracias a Dios que no tuvo suerte” [Norma] (*La Arena*, 14/07/2004, 10).

4. Los cartoneros como actores sociales en el circuito informal del reciclaje

4.1. Caracterización de una práctica económica alternativa

Los cartoneros realizan un trabajo que comprende diferentes momentos: identificación, recolección, clasificación, limpieza y venta, transformando en mercancía los desvalorizados residuos, es decir, todo el proceso consiste en la recuperación de materiales que pueden ser reciclados. De su trabajo se nutre la industria, comprando insumos locales baratos para producir, principalmente en espacios extrapampeanos –Buenos Aires y Mendoza– en base a papel, metales, vidrios, plásticos, trapos y otros materiales recolectados. Y si bien siempre han existido, la devaluación económica de comienzos de 2002, constituye el comienzo de otra etapa. Los precios de los materiales aumentan significativamente y ello estimula el ingreso a la actividad de nuevos actores. El del kilo de cartón, por ejemplo, en pocos meses se multiplica por mil:

Antes de la crisis se ganaban monedas. Cuando todo subió y muchos se dieron cuenta que les convenía, salieron a buscar cosas para vender sin ninguna experiencia, pero como hubo tantos que vendían, el precio terminó bajando. Ahora está más o menos estacionado [Clemente].

En forma individual –o acompañados– cada día juntan el material, lo recopilan y separan, para llegar al depósito –o acopiador– donde se pesa y se paga en efectivo. Los cartoneros reconocen que, en general, no tienen un comprador fijo sino que van cambiando según el que ofrezca mejor precio, aunque con tres acopiadores –los que operan en Santa Rosa– no existen muchas alternativas. En efecto, en una ciudad intermedia al haber pocos compradores demandantes, establecen los precios a su conveniencia –de acuerdo a los fijados por la parte superior de la cadena–, asemejándose a una estructura de mercado del tipo oligopsonio.

Los depósitos –o lugares de acopio– se distinguen entre sí por la magnitud del espacio disponible, el tipo de material que compran y la posesión de medios de transporte para retirarlos de la vivienda de los cartoneros. En efecto, el acopiador es el que tiene el galpón y máquinas especiales de procesamiento –guillotina, prensa, enfardadora– para hacer un paso más: el enfardado del cartón, limpiar el pet (botellas de plástico), cortar los hie-

ros, bronce y otros metales¹⁴. Cuando tienen una cantidad conveniente, se comunican con las llamadas fábricas –denominación de las empresas que reciclan– como papeleras o metaleras –en menor medida– en Buenos Aires, y embotelladoras de Mendoza, y se envían los camiones a recoger los fardos u otros materiales organizados en cajas o cajones. La existencia de estos depósitos –que en Santa Rosa podríamos considerar como medianos– obedece a la magnitud del volumen que manejan para ser aceptados por las fábricas y porque además tienen la capacidad para “aguantar” el plazo en que se hace efectivo el pago¹⁵.

En la cadena, los intermediarios son los que hacen la diferencia consiguiendo las ganancias más grandes. La prueba más evidente de ella es que los acopiadores pagan precios muy bajos a las familias que recogen basura y los revenden a cinco veces su valor a los clientes que específicamente compran lata o papel y cartón o vidrio o telas. Por ello, y dadas las relaciones que se mantienen entre las partes y de los testimonios –a modo de hipótesis– se sostiene que estaríamos ante una fuerza de trabajo “asalariada” de manera indirecta y que contribuye al proceso de valorización de aquellos capitales en un marco de clara precariedad laboral.

Los cartoneros sufren este circuito perverso y saben cómo funciona pero parte de la perversión es que ellos pueden estar peor de lo que están: si lo denuncian hasta pueden perder el “derecho” de revolver la basura, porque es posible que no le compren el material:

El cartonero que está solo junta papel todo el día y lo vende a catorce centavos el kilo. Con este precio se enriquece el dueño del depósito, que hace la diferencia, porque tiene resto de guita para comprar al contado, separar papel, cartón, botellas, y cuando junta mucho, lo vende en cantidades importantes [Clemente].

14 El papel y el cartón son prensados formando los fardos con máquinas especiales que, según nos han informado, poseen dos de los acopiadores. Uno de ellos tiene prensadoras “chicas”, es decir, para hacer fardos de 140 kilos y de 230 kilos. Mientras, el otro una mucho mejor, de 500 kilos. La capacidad de los depósitos y contar con determinadas máquinas de procesamiento, marcan la diferencia entre un depósito chico y uno grande. También se prensa la ropa, el nylon y plástico.

15 Recorrimos uno de esos galpones. Estaba repleto y ordenado: las botellas apiladas contra una pared, los metales en un entepiso de hormigón y el material sobre unos escaparates. Los cartoneros venden el material clasificado según su tipo (papel, cartón, aluminio) y luego en estos depósitos se procede a una clasificación más precisa, enfardando el material para atender los requerimientos de la fábrica. Hay muchos hombres trabajando simultáneamente; cada cual hace lo suyo y se oyen pocas voces.

Desde nuestra perspectiva, estamos ante formas de control de la fuerza de trabajo por parte del capital con fines de su funcionalización para el proceso de valorización. Las fábricas –papeleras, metaleras y las embotelladoras– están en manos de muy pocas empresas y en consecuencia son las que definen las reglas de juego. A la vez, la falta de control de agentes no autorizados plantea cierto grado de corrupción en una actividad no regulada institucionalmente por la sociedad, otra característica de la informalidad.

4.2. Las “condiciones de producción” y cultura del trabajo

Desde hace algunos pocos años resulta difícil circular por la ciudad sin advertir la presencia de personas que se dedican a la recolección informal de los más variados materiales. Todo parece ser relevado: botellas vacías, cartones, ropas, zapatos viejos, papeles, metales, vidrios, adornos, juguetes, artefactos, pedazos de maderas, fierros. Cosas tiradas por quienes ya las han dado por muertas y que los cartoneros se proponen recuperar.

Constituye una práctica de aquellos sujetos que son excluidos por las políticas vigentes, que los impulsa a realizar una actividad para poder subsistir, percibida en forma diferente por estos protagonistas involuntarios. Precisamente, los estados emocionales de los cartoneros suelen pasar por distintas etapas. Una primera de profunda vergüenza, propia de quien ha estado mejor y nunca antes se había pensado a sí mismo cartoneando, o un extrañamiento ante la actividad a realizar para seguir viviendo –y por el lugar donde se desarrolla: “la calle”–, hasta llegar a la aceptación de su condición, ante una realidad que no ofrece alternativas:

Al principio me daba vergüenza salir con el carro. Pasaba por las calles más oscuras y en horarios en que no andaba nadie [Carlos].

Me sentía como sapo de otro pozo. No me olvido más, era domingo. Venía con un carrito de supermercado y me parecía que la gente me miraba. Eso un poco me incomodaba pero no me quedaba otra y lo tenía que hacer. [...] Peor es salir a robar: por lo menos tengo una forma digna de trabajar [Andrés].

Luego reaparece el orgullo, es decir, nunca se pierde la dignidad –aunque para algunos sí, junto con cierta resignación– ya que dentro del abanico de opciones –siempre escasas– cartonear resulta la más digna:

Ser cartonero no es un orgullo pero es un trabajo. Y hoy día no significa nada malo [...]. No es ninguna deshonra. Hay que llevar la bandera de

la mejor forma posible. Prefiero esto y no que mis hijos anden robando [Daniel].

Hemos estado buscando otro trabajo pero todos te dicen que por ahora no, que me de una vuelta a fin de mes, que me van a tener en cuenta, que hay que esperar un mes [...]. Lamentablemente uno no se puede quedar parado porque hay una familia para mantener y uno tiene que hacer algo [Oscar].

Desde nuestro punto de vista, en quien toma un carro para recuperar residuos está arraigada la cultura del trabajo; a pesar que el trabajo no exista, se lo “inventa” recuperando materiales que otros han descartado. Así, como sostiene Carbonetto, la informalidad se define como “el conjunto de puestos de trabajo autogenerados por la fuerza laboral excluida del sector moderno”¹⁶ (1985:63).

4.3. La calle como lugar de hallazgos

La calle constituye un medio de trabajo en la ciudad. No solamente representa el espacio físico en el que se desarrolla buena parte del proceso de trabajo, sino también un medio que contribuye a aumentar la productividad o –para nuestro caso– capacidad de recolección.

Por ello, cabe caracterizar la fuerza de trabajo como urbana, en términos de su uso en la estructura productiva, lo cual supone, no sólo identificar la localización del respectivo proceso laboral sino también determinar cómo los trabajadores se relacionan con el territorio que conlleva tal proceso laboral y si tal relación se limita a un mero consumo del espacio o supone también la producción del mismo (Pérez Sáiz, 1989:85).

En efecto, los cartoneros aprovechan los recursos que brinda el medio urbano. La circulación de los carros involucra un espacio productivo en el que recorren diferentes sitios –la calle no es un espacio homogéneo– donde juntan los materiales, algunos especialmente atractivos –hospitales, escuelas e instituciones manejan grandes volúmenes de residuos– aunque los más importantes tienen contratos directamente con empresas¹⁷.

16 El trabajo del autor se refiere al área andina. Además considera como referente analítico a la unidad productiva que define como microempresa. Entendemos que esta categoría no es aplicable al caso de los cartoneros donde sería más apropiado hablar de unidades familiares.

17 Por ejemplo, los supermercados de la ciudad tienen otra forma de operar: licitan los contenedores para los residuos y son los adjudicados quienes después suelen “contratar” con los acopiadores de cartones.

En general, los cartoneros saben que realizan un trabajo insalubre. La mayoría conoce, al menos confusamente, que está expuesto a infecciones de todo tipo, pero no saben qué significa “tener derecho a la salud”:

Quizás este trabajo no tiene condiciones de higiene pero bueno, a nosotros nos representa un ingreso. Sin esto no tendríamos para comer [Jorge].

En este caso es donde se hace más clara la diferencia entre empleo formal e informal. La informalidad se expresa en el mercado laboral de manera más nítida en términos de la dimensión de las prestaciones sociales. Por ello, sería fundamental que tomen conciencia de los riesgos del oficio y que los vecinos sepan que no deben mezclarse vidrios rotos, latas o clavos herrumbrosos con papeles o restos de comida, como pasa habitualmente. Aunque muchos de los que dejan la basura, saben que estas personas tiene derechos, cuando arrojan residuos no reparan en ello. Las autoridades sanitarias no aciertan (ni siquiera lo intentan) a dar con un programa que los proteja. Ello remite a la falta de institucionalización y regulación de la inserción de este tipo de fuerza de trabajo en el proceso social de producción, donde claramente estas ocupaciones se desarrollan en un ámbito de precariedad laboral generalizada. También esta situación se aprecia en términos de ingresos, mucho menores en relación al trabajo formal.

La calle es un lugar con varios problemas –como la posibilidad de persistir en un ámbito muchas veces hostil– además de los estrictamente sanitarios e higiénicos. El ingreso puede tener algunas restricciones, aunque son pocos los elementos necesarios –la mayoría de bajo costo–. Acceder a los medios de trabajo requiere ciertos conocimientos y contactos en una actividad donde funcionan plenamente las relaciones sociales. Se cartonea con algún pariente, se vende al acopiador conocido, se realiza la clasificación en el hogar con la ayuda de la mujer y los hijos, y en general, se llega a la actividad por contacto con algún amigo, pariente o vecino:

El problema es la permanencia, en Santa Rosa, habrá alrededor de 300 cartoneros, pero siempre uno se cruza con gente nueva. Algunos duran unos pocos meses, se trata de un trabajo difícil, de mucho esfuerzo, de muchas horas, algunos se incorporan por contacto con amigos o parientes pero al poco tiempo dejan la actividad, para que te rinda hay que andar todo el día [Clemente].

Así, estamos ante una de las características de la informalidad: la facilidad de acceso en términos comparativos con el empleo formal. Además,

tecnológicamente el sector está constituido por unidades de tamaño reducido y poco capitalizadas que se ubican en la base de la estructura productiva de mercados oligopsonicos concentrados.

El panorama actual es diferente en relación con los años en donde no eran tantos los cartoneros ya que hay una mayor competencia. Además, aparecen obstáculos reales y virtuales a la demanda de movilidad, que generan conflictos entre los grupos sociales y que no son patrimonio de los excluidos:

Los cruces con coches y colectivos, las esquinas, a veces la policía te para y te pide documentos, pueden pensar que lo que llevas es robado, por ejemplo, cuando se trata de muebles, porque en la calle se encuentra de todo, y si van menores, es muy duro [Lucía].

Con el carro casi no ando porque en el centro es complicado. Lo dejo en la esquina de Gil y Lagos a la mañana y a la tarde frente al Banco de La Pampa. El resto del recorrido lo hago a pie, voy juntando de a poco [Prudencio].

Los códigos de la calle también se han modificado, principalmente por el aumento en el número de cartoneros, que a pesar de ser un sector postergado, recurre a la solidaridad entre sus pares. Uno de los testimonios afirma:

Ha cambiado todo un montón, porque antes teníamos cada uno nuestros lugares que nadie nos entraba, pero ahora no puedes atajarle a nadie porque todos queremos comer, así es que tenemos que laburar sí o sí de cualquier forma. Hay muchos que se enojan por eso, “que esta es mi zona”, pero yo no, porque todos queremos comer, entonces todos compartimos todo lo que tenemos [Juan].

Movilizarse por las calles y avenidas de la ciudad es un ejercicio de ciudadanía, de modo que los obstáculos no son sino un recorte a ese derecho.

“Ser ciudadano es sentirse integrado física y simbólicamente en la ciudad como ente material y como sistema relacional, no sólo en lo funcional y en lo económico, ni sólo legalmente. Se es ciudadano si los otros te ven y te reconocen como ciudadano” (Borja, 2005:28).

De ahí entonces las dificultades que surgen ante la marginación física y la no atraktividad para los otros, ya que en estos casos se favorece la exclusión.

En definitiva, desde nuestro punto de vista, la calle es un medio de trabajo: espacio físico donde tiene lugar la búsqueda y recolección del material, y a la vez, un mecanismo para aumentar la productividad, ya que el carto-

nero “invierte” trabajo en ella para mejorar su rendimiento –conocimiento de “recorridos”, “zonas” y hasta “clientes”–. Es decir, existe una lógica de asentamiento que rebasa al hogar para proyectarse no sólo en el barrio sino en la ciudad. Simultáneamente es un espacio de riesgos e incertidumbres e incluso de conflicto con otros por el uso del espacio público.

4.4. Los que trabajan en el cartoneo

La actividad puede realizarse en forma individual o involucrando algún familiar. Los hijos y/o la mujer –o eventualmente otro pariente– participan muy frecuentemente del proceso de trabajo¹⁸:

Salgo con los chicos [dos], no me gusta sacarlos con el frío a ellos pero la gente más nos da si venimos con los chicos [Rosana].

[Juan sale a veces con sus dos hijos]: ¿Viste mi hijo? Es un fenómeno, aprende rapidísimo. El otro, el más chico, sale un rato con el carro y hace plata. Ya tiene clientes fijos y los pasa a visitar. En cambio, éste es como yo, un buscavida. Sabe que la plata se tiene que ganar poniendo el lomo todos los días, igual que yo.

A mí a veces me ayuda mi hijo mayor. O también salgo con mi hermano [Clemente].

En aquellos casos en los que se cartonea solo, hemos identificado la presencia de un grupo familiar que colabora en el proceso¹⁹. Es que la subsistencia resultaría muy difícil sin contar con este apoyo. En efecto, la actividad puede desarrollarse individualmente pero la cantidad óptima es de dos personas: en el caso de los “carritos” es más usual un solo trabajador, dos es conveniente, pero un tercero resulta superfluo, pues no aumenta la productividad ni disminuye el esfuerzo en un grado significativo. Entre dos personas se distribuyen las tareas básicas del proceso: conducir el carro y recoger el material que se encuentra²⁰ (Saraví, 1994:126). A su turno, la actividad de

18 En el caso de la mujer cartonera a veces tiene que llevar a sus hijos porque no tiene donde dejarlos.

19 Incluyendo la capacidad laboral potencial –menores no integrados al mercado de trabajo– o caduca –trabajadores retirados–.

20 Cuando acompaña algún menor, el adulto se encarga de la primera y el menor de la segunda, en un claro proceso de división del trabajo. La presencia del menor tiene dos ventajas: por un lado, es fuerza de trabajo que de lo contrario se mantendría ociosa, o por impedimento legal no podría ingresar al mercado de trabajo; y por otro, suelen ser más exitosos que los adultos a la hora de pedir, ya que generan un sentimiento de lástima y compasión en la gente, constituyen-

clasificación y ordenar el material, involucra a todo el grupo familiar²¹; la entrega, solamente al mayor (sea hombre o mujer). En definitiva, la familia constituye una unidad no solamente de consumo sino también generadora de ingresos; y cuando la actividad principal es el cartoneo

“necesariamente se debe contar con la disponibilidad de trabajo de otros de sus miembros como un recurso de seguridad [ante la desprotección social y la inestabilidad de la actividad]. En caso de enfermedad o accidente, de baja de los precios o escasez de materiales, los chicos salen a pedir y las mujeres a cirujear o trabajar en el servicio doméstico; ahora la subsistencia del grupo familiar estará en sus manos” (Saraví, 1994:139).

La familia es entendida como un grupo social co-residencial que coopera económicamente en las tareas inherentes al mantenimiento de sus miembros. Es que la lógica de este tipo de economía no es la maximización de ganancias (lucro) sino la ampliación continua de la frontera de condiciones materiales de la vida de sus miembros. La racionalidad se orienta más hacia la subsistencia que hacia la acumulación.

4.5. El carro (o “carritos”) y otros medios de trabajo

La recolección y transporte del material se realiza en carros, generalmente de mano, conocidos también como “carritos”²², habitualmente identificados como herramientas de trabajo de aquellos individuos desocupados o excluidos estructuralmente del mercado de trabajo. Todos son parecidos y siguen un modelo de diseño y producción estandarizado, con la utilización de materiales en desuso²³.

do uno de los recursos que se pone en juego (Saraví, 1994:130; 135). En forma similar, cuando quien cartonea es una mujer.

- 21 Es que son varias las tareas: quemar basura, reparar los carros, construir lugares de almacenamiento.
- 22 Los carros pueden clasificarse en manuales o tirados por caballos. A diferencia de otras ciudades argentinas, aquí no existen los del segundo tipo.
- 23 Los materiales son diversos porque en un contexto de insuficiencia de ingresos, se recurre a lo que se tiene (chapas, maderas, hierro, ruedas de bicicleta, partes recicladas de cocinas, lavarropas, carretillas), al menos si se opta por el mecanismo de la fabricación para obtener el carro. Otras posibilidades podrían ser la compra, el alquiler o el préstamo. En la ciudad predomina la construcción propia aunque también se verifican algunas de las otras alternativas, cuando entran a jugar claramente las relaciones sociales para el “mercado” de los carros: ofrecimientos y demandas (en un caso, se lo había conseguido porque su dueño –amigo del hermano– consiguió un carro más grande).

Un carro manual tiene una superficie aproximada de 1,50 metros de largo por 1,00 metro de ancho. Normalmente una base de hierro en “ele” y otra chapa fuerte. Suelen contener una estructura metálica, revestida por madera o chapa. La altura de la caja –que no supera los 60 centímetros²⁴– se apoya sobre el eje de dos ruedas que pueden ser de triciclo, bicicleta o hasta de motos. La soldadura y los caños varían (a veces son todo de hierro y otras caños de ocasión). Lo importante es que esté preparado para soportar más peso. La posesión de un medio de transporte propio otorga cierta independencia para elegir al acopiador.

En cada carro es posible ver una forma de organización de la carga: los cartones y papeles de diarios, empacados con hilos de plástico o en las bolsas donde también se guardan latas u otras botellas. Algunos componentes –por ejemplo martingalas, CD, posters– buscan construir un espacio de privacidad en un dispositivo que está expuesto a la mirada de tantos.

En todos los casos, la idea central es la misma, un instrumento funcional a la movilidad urbana²⁵:

Si no salís con algo que te permita cargar muchos kilos no te rinde. Por eso los carritos de supermercados no sirven para nada, no te aguantan nada. [...] No sabés cómo aguantan estos carros [Carlos].

La marcha es lenta y el regreso más pesado que la partida. Además, hay diferencias en cómo se realiza la tracción de los carros: desde bicicletas arrastrando canastos, pasando por medios más sofisticados –motos– o también muy frecuente a pie –en general utilizados por las mujeres– e incluso se suman changuitos de supermercado. De acuerdo con las estimaciones de los entrevistados, el carro a pie permite cargar como máximo unos 200 kilos, aunque con los de supermercado la carga es menor.

El empleo de uno u otro recurso, al determinar la cantidad de carga que es posible transportar, marca el límite al desarrollo de la actividad e indica el momento de decidir la vuelta²⁶, aunque el criterio a veces depende del ingreso que se estime, lo cual se vincula con la calidad de lo recolectado:

24 Los cartoneros se las ingenian para lograr mayor capacidad. Es frecuente apreciar la colocación de planchas de cartones más duros en los laterales para ganar altura.

25 Ver Pintabona y Fernández (2003) donde se discute el abordaje metodológico sobre los “carros”: como objeto, en su materialidad pintoresca o en su potencialidad simbólica.

26 El peso es un factor fundamental. Cada uno intenta alivianar al máximo su carro y hacerlo lo más cómodo para el arrastre, de ahí que el proceso de innovación sea permanente: se buscan nuevas formas que aumenten la relación capacidad/peso.

Se calcula por la plata. Vas haciendo cuentas para ver cuanto te va a rendir, depende del material que hayas juntado. Ver si el carro se ladea y hacer equilibrio [Carlos].

Es más, hemos comprobado la práctica de estrategias combinadas en las que varios recolectores de una misma unidad familiar utilizan distintos “carritos” pequeños haciendo diferentes itinerarios para luego sumar a un carro mayor, estacionado en un lugar apropiado o directamente lo acopian en la vivienda para su clasificación y venta al depósito. La clasificación significa separarlos en bolsas o en tachos, lo cual les permite tener un mejor precio porque previamente se ha diferenciado la calidad del papel. En realidad, la primera clasificación se realiza al momento que se levanta, para aprovechar al máximo el espacio. La segunda en la casa del cartonero: el proceso consiste centralmente en separar y ordenar los distintos materiales que se han recolectado; y como la entrega al depósito no es diaria, el material se acopia hasta el momento de la venta. Finalmente, en el depósito, el cartón vuelve a clasificarse, se limpia sacando los hilos, y se prepara en fardos para ser remitidos a las fábricas.

El carro es el primer medio de trabajo para comenzar a caminar la calle aunque no el único. También se necesita en la casa de un espacio físico para cumplir las más variadas actividades –ya que no todo es recolección, sino que también es necesario luego, clasificar y limpiar el material, quemar basura, ordenar y acopiar hasta la venta, reparar y modificar los carros– con lo cual la vivienda se constituye también en espacio laboral, demostrando la potencialidad productiva del hogar. Otro medio son los lienzos y bolsas que se utilizan en prácticamente todas las etapas del trabajo y es fundamental al entregar en el depósito, ya que debe separarse el plástico, papel y cartón –incluso en sus distintas variedades²⁷. Y finalmente, la calle –como dijimos– es un medio de trabajo; los cartoneros definen los “recorridos”, las “zonas” y los “clientes”, conocen el terreno en que operan y definen modalidades de trabajo diferente según las circunstancias.

De lo expuesto se desprende que los requerimientos de capital son mínimos, aunque no es entendido como inversión, destinada a valorarse y generar ganancias sino que es la ocasión que permite ejercer la capacidad de

27 Cabe aclarar que los lienzos y bolsas son más característicos de los cirujas –dadas las características de su actividad– que de los cartoneros, aunque las incluimos aquí porque éstos también las utilizan.

trabajar, es decir, el capital está al servicio del trabajo, y no al revés, como ocurre con la lógica del beneficio.

4.6. Precios de los materiales y reproducción social

La recuperación de materiales reciclables permiten diferentes niveles de reproducción social de los actores que intervienen en el circuito. Cualquiera puede preguntarse si estos trabajadores pueden vivir del cartoneo, cuál es su ingreso diario o mensual, sobre todo si imaginamos las “vueltas” que tienen que dar a diario: recorrer varias cuadras que se convierten en kilómetros, en general caminando, recoger unos cuantos kilos de productos varios, y finalmente tratar de venderlos. En algunos casos, su ingreso se complementa con el procedente de otras fuentes:

Nosotros no tenemos patrón, ni obra social, ni nadie que nos proteja. Pero arriba del carro se labura. Un sueldo común está rondando los ochocientos pesos por mes, nosotros sacamos menos de la mitad de eso. Pero ojo, yo salgo todos los días, llego a trabajar hasta catorce horas por día [Carlos].

Yo gano unos trescientos pesos al mes. Trabajo generalmente desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Eso sí, tenés que ir todos los días a trabajar [Mónica].

Los ingresos son muy variables, debido a las fluctuaciones del precio de los materiales recolectados y a las modificaciones en las pautas de lo que se compra o se deja de comprar²⁸. Igualmente inciden las diferencias de precios que pagan los depósitos y la cantidad de vueltas y clientes que realice y tenga cada cartonero²⁹. Deben ponderarse fundamentalmente tres factores: 1º) los materiales reciclables como insumos industriales son *commodities* y dependen de la cotización internacional; 2º) están sujetos a la demanda de la industria local, que suele establecer cupos de compra según

28 El Sindicato Único de Cartoneros y Afines de La Pampa ha informado que en promedio los cartoneros en Santa Rosa recaudan entre siete y diez pesos diarios –no más de tres dólares– lo que significa mensualmente no mucho más que doscientos pesos (Diario *La Arena*, 14/07/2004, 10). Téngase presente que la canasta familiar estimada era de 1.200 pesos –mayo/junio de 2004–. Es que los precios bajaron año a año. Por ejemplo cuando en 2003 se pagaba treinta centavos –en promedio– el kilo de cartón, en el 2004 se ubicó en catorce centavos, y a fines de 2005 en doce centavos. Es decir, una reducción de algo más del cincuenta por ciento.

29 Se podría hacer una estimación de los niveles de ingresos –siempre muy bajos–. Si consideramos una familia que puede juntar en una muy buena jornada unos 80 kilos de materiales, que vendidos a un promedio de 25 centavos el kilo (para 2005), le brindarán unos 20 pesos.

sus necesidades de producción; y 3º) el tipo de relación que establezcan con los dueños de los depósitos: si es de varios años y existe constancia de entrega, obtendrán siempre un mejor precio que un vendedor esporádico (Schamber y Suárez, 2002:9). En consecuencia, los cartoneros deben estar al tanto de estas fluctuaciones y cambios en la demanda, pues de acuerdo con ellas se hará una importante selección inicial que consiste en “levantarlo” o “dejarlo”. La información se obtiene a través de la venta periódica y de los mismos “depositeros” [acopiadores] que anticipan los materiales que se dejan de comprar (Saraví, 1994:107).

Los precios determinan indirectamente el nivel de actividad mínimo a partir del cual es productiva o rentable. Por reducida que sea, si el ingreso puede garantizar el mantenimiento de los medios de trabajo y un excedente para los alimentos del hogar, los cartoneros continúan en la misma:

No me sobra nada [...] pero me alcanza para ir tirando. Nosotros somos cuatro de familia pero como mi esposa también trabaja, es más pasable el mes [Prudencio].

Para una mejor ilustración de los posibles ingresos diarios y mensuales –aunque cabe advertir sobre los diferentes factores que inciden para que exista una “buena jornada”– incluimos a continuación una tabla con los productos que más frecuentemente se recolectan en la calle, y los precios de uno de los acopiadores, a modo de referencia –actualizados a marzo de 2006, y corroborados por los testimonios de varios cartoneros³⁰–:

Producto	Precio por kilogramo (\$/Kg.)
1. CARTÓN	0,12
2. Diarios y revistas (entregar por separado, atados o en bolsa)	0,05
3. Papel blanco (embolsado)	0,20
4. Papel color (embolsado)	0,05
5. Plástico duro (cajones, sillones)	0,50
6. Plástico blando (baldes, canastos)	0,25
7. Caño PVC	0,35
8. Plomo y antimonio	1,50

30 Los materiales se cotizan siempre por su peso, salvo en el caso de las baterías para las cuales el patrón de medida es la unidad. Igualmente para las botellas, especialmente las de tomate envasado y las de vino nacionales.

9. Aluminio y bronce	3,00
10. Acero sin imán	0,50
11. Cinc	1,50
12. Cobre	8,00
13. Batería chica (unidad)	7,00
14. Batería mediana (110 amperes) (unidad)	12,00
15. Batería grande (unidad)	20,00
16. Radiografías	0,50

Fuente: Elaboración propia en base al testimonio de varios cartoneros y propietario de uno de los depósitos.

En todo caso, hay factores que inciden en lo que se pueda recaudar. Depende del recorrido que se haga, la frecuencia, los clientes que tengan o incluso del clima. Por ejemplo, hay algunos que tienen lugares fijos como comercios importantes. Entonces se organizan y pasan dos o tres veces por semana:

No es lo mismo que vos vayas por la calle buscando cartón a que vayas a un lugar y cargues “trescientos” kilos de un saque. Yo laburé toda la semana para hacer lo que otro hizo en un rato. Pero también va en la conducta de uno, no es fácil ganarse los clientes. Tenés que tener una conducta [Andrés].

Los clientes son negocios, bancos, reparticiones públicas y otras instituciones a los que se visita periódicamente. Entre ellos existe un pacto que nunca es explícito y siempre flexible. Los términos del acuerdo tácito establecen un intercambio entre la regularidad del cartonero y la basura del cliente. Y como en todo acuerdo, las dos partes resultan beneficiadas: unos encuentran un mecanismo económico para deshacerse de la basura que se genera diariamente –cartón y papel, especialmente– y otros se aseguran determinadas cantidades de materiales que pueden levantar fácil y rápidamente, reduciendo notablemente el tiempo que demanda cada vuelta (Saraví, 1994:157). Para ello, resulta fundamental el trabajo intenso y la amabilidad aunque en la calle existen otros componentes. Hay personas que muchas veces sorprende a los cartoneros con sus actos de solidaridad pero también están aquellos que sacan ventaja de todo. Aparecen competidores impensables como los negocios más grandes que juntan sus propios cartones y los llevan a vender, consiguiendo un precio mayor por la cantidad.

Si la jornada se presenta con mal clima, resulta totalmente improductiva. Es decir, para que el trabajo tenga cierto rendimiento deben recorrer kilómetros todos los días y con dificultades adicionales cuando llueve porque se afecta especialmente el material, dadas sus características –cartones y papeles– y hay que buscar otra cosa:

Todos los días recorremos las calles, y cuando llueve es una peripecia. Imposible cargar algo, por más que cubrieras con plásticos. Si se te mojan los cartones, no te lo quieren comprar nadie. Una vez parecía que no paraba más, no podía cirujear, necesitaba llevar comida para la casa [Andrés].

Es posible identificar dos grupos entre los cartoneros: aquellos que conocen el trabajo y los que salen a reventar bolsas de basura, porque ni saben el oficio ni respetan a los clientes. En definitiva los cartoneros son los que se ganan la confianza de los vecinos, de los porteros o de los negocios, a fuerza de pasar todas las días y decir “yo vivo de esto”, “yo soy cartonero”. En efecto, persiguen la confianza del otro, siendo insistentes y reiterativos con su imagen, por la repetición de un “recorrido” o una “zona” y así consiguen los clientes con la constancia de la visita. Las relaciones personalizadas actúan como un factor importante para el desarrollo de la actividad.

“La repetición de un ‘recorrido’ o la visita periódica de una ‘zona’ constituyen anzuelos para aquellas relaciones. [...] para los cirujas decir con su imagen ‘aquí estoy’, ‘soy el de ayer’ es sino el único el más importante de los mecanismos para acercarse a la gente implicada de uno u otro modo en el cirujeo: los compañeros, los clientes, los vecinos de la ciudad” (Saraví, 1994:160-161).

En definitiva, todos estos protagonistas se consideran asimismo como trabajadores y han comenzado a crear una identidad propia –la de los cartoneros– al reconocerse como tales y al ser visto por los demás como actores que realizan un trabajo³¹. Probablemente sea frágil y volátil, como la mayoría de las identidades posindustriales, de límites difusos y hasta contradictoria.

31 La existencia del Sindicato Único de Cartoneros y Afines de La Pampa muestra el grado de conciencia laboral de algunos de ellos. El titular de la primera Comisión Directiva actuó en los años noventa como dirigente de la Asociación Obrera Textil y del Sindicato de Vendedores de Diarios y Revistas de La Pampa (Diario *La Arena*, 14/07/2004, 10).

5. El circuito informal de la basura en Santa Rosa

En estos años se ha ido formando en la actividad del reciclado una pirámide cuya base está ocupada por los cartoneros. Luego se ubican los acopiadores –depósitos– los grandes mayoristas y finalmente una empresa de reciclaje –la industria–.

Los cartoneros se ocupan de recolectar la basura en un circuito más o menos rutinario que podríamos denominar “viaje-trabajo”. Se desplazan por las calles de la ciudad pero no de forma caótica. No dejan nada al azar, van siguiendo un “recorrido”, se mueven dentro de ciertas “zonas”, o se dirigen hacia ciertos clientes³². Muchos de los entrevistados manifiestan tener algunos fijos (comercios céntricos, despensas de barrio, rotiserías, confiterías, casas particulares, escuelas, y principalmente negocios) a lo que añaden lo que se puede juntar con el paso a paso:

Todos los días tengo el mismo recorrido, el mismo horario y vengo llueva o truene. Los que más nos dan son los comerciantes. Ellos ya nos conocen porque hace tres años que andamos en la zona. Y saben que no rompemos las bolsas, no ensuciamos la calle ni molestamos a los vecinos. Por eso nos ayudan y nos separan lo que nos puede servir [Andrés].

En efecto, la constante circulación por distintos recorridos urbanos les permite hacerse conocer y ganar potenciales clientes. Luego de este proceso, los itinerarios son más estables. Es más, algunos trabajan exclusivamente con clientes, lo cual no significa que no se junte en la calle, sino que el camino que se sigue es trazado en función de aquellos.

Suelen comenzar muy temprano de mañana –en general de madrugada– y a veces hacen dos turnos. Los testimonios permiten identificar ciertas “estrategias” operativas en particular relacionadas con los horarios para realizar la recolección:

Tenemos algunos horarios. Antes que pase el camión recolector o entre las doce y/o doce y media, y la una y/o una y media de la tarde, después que cierran por primera vez los comercios; y luego a partir de las nueve de la noche [Andrés].

Los comercios tienen horarios para sacar las cosas incluso a veces acordados con los propios cartoneros, lo cual demuestra que se encuentran ple-

32 Suele distinguirse entre “zona” –área geográfica sobre la cual se trabaja– y “recorrido” –trayectos definidos con exactitud que involucra una sucesión de calles–.

namente incorporados a la organización socio cultural urbana³³. En efecto, la calle oculta secretos y los cartoneros se mueven de acuerdo a ellos. Como ejemplo, no es lo mismo juntar en el “centro” que en los barrios “periféricos”, cada cual tiene sus frutos, ventajas y obstáculos, y entonces, se requiere modalidad de trabajo diferenciadas. En el área céntrica, una mayor concentración de negocios, organismos públicos, restaurantes y bares, oficinas y otras instituciones, hacen que abunden cartones y papeles. Mientras en los barrios, no solamente la cantidad de material es menor, sino que también predominan otros elementos (plásticos, metales, botellas).

El trabajo continúa con la separación de latas, cartones y papeles, madeiras, vidrios, objetos diversos. Clasificar es un trabajo preciso y sucio. Pudimos observar algunos carros en el acopiador y el mecanismo es el mismo. Separan todo: chatarra, cartón, papel de segunda, de primera, vidrio verde, transparente y marrón³⁴. Aplastan botellas de plástico y colocan las tapitas en otro lugar. Toman el aluminio de las latitas de gaseosas, limpian restos de pizzas de las cajas de cartón, se deshacen de cartones empastados. En no mas de media hora, el carro está vacío. Entonces a pesar y arreglar el precio en la administración.

A los cartoneros se les paga en el momento, siempre en efectivo. Con lo que cobran cuando entregan la mercadería, pueden comer. Muchos incluso, cartonean a la mañana aunque haya poco para recoger pero con eso tienen para almorzar. Por ello no todos esperan a juntar para vender, sino que cuando completan el carro, realizan el viaje al acopiador.

Muchas veces se les hace la madrugada. Y otra vez a salir. Mientras tanto, los acopiadores terminan de hacer el “reciclado” en la ciudad, venden cada parte a otros intermediarios que, a su vez, terminan vendiéndolas a empresas

33 Por ejemplo, la Confitería “La Recova” –en la esquina de Yrigoyen y Avellaneda– desde las once de la noche; la Rotisería “La Cocina” –en la importante Av. Luro– desde once y media. Y los boliches nocturnos muy a la madrugada, aunque en general adoptan otra práctica: en “Pavarotti” –en la Av. Roca–, “222”, “Jockey”, “V8” –todos en la comercial calle 9 de Julio– son importantes las botellas –muy buscadas las de bebidas caras– suelen acordar con los mismos chicos que despachan las botellas a cambio de un porcentaje. Se buscan mucho las latitas de gaseosa o cerveza para ser vendidas como material de aluminio.

34 Las botellas se dividen en las de vino y otras (whisky, ginebra), botellas lisas y ralladas, blancas y de color. El papel suele distinguirse entre limpio, sucio y papelitos; y luego diferentes variedades: diario, blanco, computadora, revista. En el cartón no hay divisiones [no se compra el cartón del tipo caja de zapatos, porque no sirve para el reciclado].

—en muchos casos grandes empresas— que utilizan los envases para cerveza o gaseosas, los papeles para los periódicos y otros usos varios:

Todo el material se recicla, por ejemplo con el papel más sucio se hace papel higiénico, uno de mejor calidad —con el papel blanco—; o el amarillado. Las botellas se envían a Mendoza y ahí las usan nuevamente las bodegas (vinos, champán) y sobre todo las botellas para el envasado de tomate natural [...] El papel trozado blanco vuelve a utilizarse para armar resmas de papel; otros papeles se trozan y sirven para producir los papeles de regalos. El plástico se exporta y se fabrican “cosas” en Alemania y sobre todo en China [Pablo].

En Santa Rosa el proceso del cartón termina con el acopio y la clasificación. Existen en la ciudad tres agentes acopiadores que no cuentan con la infraestructura apropiada —faltan camiones en condiciones— para vender directamente a la industria, por eso deben recurrir a los intermediarios³⁵. El “depositero” practica varios trucos para sacar ventajas de los cartoneros: el mayor secreto está en pagar poco y al contado por cantidades pequeñas para luego vender a crédito a grandes acopiadores o directamente a fábricas, a precios dos o tres veces mayores³⁶.

En efecto, los acopiadores no sólo tienen el conocimiento de aquellos que se acercan a vender la mercadería sino que a veces suelen “tocar” la balanza —formas de control de la fuerza de trabajo— que puede llegar a marcar alrededor de medio kilo menos:

Los cartoneros juntan en sus casas y luego llaman al acopiador o a veces lo llevan directamente. [...] En la balanza del acopiador pasa algo, le ponen algo debajo y te saca kilos [Clemente].

Es un trabajo de hormiga. En cada caso, el peso, los centavos, se pelean en una contienda a todo o nada. Es que acá no se habla de víctimas y victimarios, sino que el que es más pícaro es el que gana [Carlos].

35 Situados en la periferia de la ciudad: 1) en la calle Ferrando casi Lope de Vega; 2) calles Bertera y Ferrando; y 3) en la calle Malvinas Argentinas al 900.

36 Para tener una idea del volumen que manejan los depósitos, estimamos el movimiento de un intermediario de la ciudad a comienzos de 2006: pagando entre doce y quince centavos el kilo de cartón, lograba venderlo a treinta y cinco centavos. Con una entrega normal de entre tres y cuatro camiones por mes, con alrededor de cuarenta mil kilogramos, obtenía un ingreso bruto de unos catorce mil mensuales. Si se descontaran hasta un 50% de costos, el ingreso sigue siendo significativo. Debe tenerse en cuenta que los pagos a los depósitos suelen demorar entre una quincena y un mes, mientras que a los proveedores debe pagarles inmediatamente.

Así, al final del día, la diferencia de trescientos o cuatrocientos gramos por cada carro que entra al galpón, termina haciendo un plus interesante, sin reclamos de los cartoneros porque según los testimonios:

No se quejan porque ellos eligen donde llevarlo, al que les paga más, tienen esa libertad, y porque al menos les alcanza para la subsistencia, porque les deja entre veinte y treinta pesos por día [Clemente].

La elección del depósito depende de varios criterios: la cercanía, si el depositero es conocido, la forma de pago, los precios, la honestidad y la posibilidad o no de llevar el material. Entre “recolector” y “depositero” existe una relación basada en cierta “lealtad”, por lo cual, suelen elegir al mismo acopiador para la venta, ya que si venden a alguien distinto, corren el riesgo de que en oportunidad de necesitar al comprador tradicional, puede ocurrir que éste no concorra de forma inmediata, o baje la cotización de los materiales o agregue, irremediablemente, el costo de tener que ir a buscarlo. Además, en algunos pocos casos hemos comprobado que los depósitos proveían a los cartoneros de los “carritos”, lo cual les obliga vender con exclusividad al mismo y a un precio menor (Schamber y Suárez, 2002:5). Y si se trata de subsistencia, esta no resulta negociable. En definitiva, mediante esta actividad se busca –desde una perspectiva económica– satisfacer las necesidades humanas materiales mediante el empleo de bienes que son tan escasos que implica un esfuerzo enorme extraerlos de una realidad que tiene muy pocas alternativas.

De este modo, la recuperación se inicia con las necesidades vinculadas a la propia subsistencia cotidiana de las personas, y permite a la vez, asegurar la reproducción del acopiador y de los intermediarios hasta llegar a la industria. Así, las cadenas de recuperación de materiales en la calle contribuyen tanto a lógicas de reproducción predominantemente de subsistencia³⁷, como a lógicas de acumulación de grandes grupos empresarios. Además, en todo este circuito está totalmente ausente cualquier forma de control, indicando uno de los criterios básicos que definen la informalidad: la ausencia reglada institucionalmente por la sociedad³⁸.

37 Preferimos el término subsistencia antes que supervivencia, ya que el primero es más amplio y remite a considerar otras formas de movilizar recursos en el hogar para garantizar la reproducción de la capacidad laboral. La supervivencia refiere a situaciones de muy alta precariedad con lo cual limita su aplicación para nuestro estudio.

38 “¡Nadie controla nada! Ni la Municipalidad ni la policía lo que se transporta, tampoco se declara ante la DGI. Los camiones de Buenos Aires se llevan los fardos y nada controlan los puestos camineros” [Clemente].

Los cartoneros pueden llevar lo que juntan al acopiador o actuar ellos mismos como “acopiadores domiciliarios”, es decir, acumular material de varios recorridos en sus propias viviendas, efectuar la entrega en forma semanal, o cuando juntan determinada cantidad, o en otros no hay criterios fijos para decidirla. Algunos, cuando estiman tienen reunido un volumen considerable, avisan al depósito para que pase a retirarlos. En este caso, el cálculo del peso –y por lo tanto, la efectivización del pago– se realiza generalmente con posterioridad a la entrega del material, en el lugar donde se encuentra la balanza en el depósito. De este modo, se genera una pequeña diferencia entre la cotización en “depósito” en relación a esta modalidad que agrega el costo del retiro y traslado –uno de los acopiadores cobra el dos por ciento por kilo– aunque si las entregas son regulares, la diferencia tiende a desaparecer. Con ella finaliza la operación de los cartoneros.

En un marco de informalidad y desprotección social, las relaciones sociales se constituyen en una sucesión de tutelas y lealtades. Los acopiadores fundamentalmente cumplen con la tutela a los cartoneros, al asegurarles el pago diario de dinero en efectivo por los materiales que recuperan, incluso los asisten en casos de accidentes o les hacen los carros. Esta transacción puede considerarse como intercambio de protección del acopiador por la fidelidad en la entrega de la mercadería por parte de los recolectores. Esto es, basándose en criterios de rentabilidad, los acopiadores recurren a una fuerza de trabajo pobremente remunerada y sometida a una alta inestabilidad laboral en un marco de relaciones de trabajo no institucionalizadas.

Cabe resaltar esta articulación entre una actividad informal con la economía formal de sectores modernos: los cartoneros actúan como proveedores de insumos para la industria papelera³⁹. En este sentido, los acopiadores de la ciudad constituyen la bisagra entre la primera –generalmente basada en tutelas, lealtades y clientelismos– y la segunda, sustentada en relaciones comerciales –y con la mencionada falta de controles– potencialmente registrables en términos del control público por medio de los organismos pertinentes. Las propias condiciones de esa integración a la economía formal, caracterizadas por su precariedad y vulnerabilidad, hace que su racionalidad se oriente hacia la subsistencia antes que a la acumulación.

39 Por ello Birbeck (1978) considera a los recolectores de la basura de Cali como “obreros industriales externos” (cit. en Pérez Sáinz, 1989:27).

Finalmente, en esta actividad se presentan dos polos que se tocan. Por un lado, aquellos que viven en necesidad casi extrema, dispuestos a trabajar por un ingreso exiguo y, por el otro, cierta “urgencia ecológica” –no tan pronunciada en Santa Rosa pero sí una problemática que resulta necesario atender– de que ya no hay lugar donde ubicar la basura generada, por más dinero que se gaste concesionando servicios a modernas empresas que monopolizan el circuito formal de la basura en la ciudad.

6. Las posibilidades de una “política cartonera”: elaboración e implementación de las propuestas de acción

La situación social expuesta debe dar lugar a propuestas de acción para la transformación de las estructuras que reproducen los problemas identificados, siempre y cuando la voluntad política sea considerada como voluntad transformadora. Básicamente proponemos el comienzo de un proceso de generación de agendas para promover políticas ante situaciones complejas. Para ello resulta fundamental tener presente que no se puede pensar en términos de aumentar el producto para así incrementar la ocupación –como lo sostiene la teoría macroeconómica generalmente aceptada– ya que estos “nuevos pobres” no estarían en condiciones de reincorporarse al mercado de trabajo, al menos hasta que no reciban el entrenamiento requerido.

Por otra parte, en un contexto con fuerte influencia de los fenómenos globales y de la incidencia de instancias supranacionales, desde nuestra perspectiva resulta fundamental brindar respuestas desde lo local, ya que es este ámbito

“[...] un marco adecuado para experimentar y desarrollar nuevas fórmulas electorales, de descentralización territorial y funcional, de participación en la gestión y ejecución de programas públicos. La democracia se renovará desde el principio de proximidad, complemento indispensable de las construcciones políticas supranacionales hoy en curso” (Borja y Castells, 2001:154-155).

En efecto,

“para revertir las tendencias negativas expuestas anteriormente se requiere un cambio de visión. En un mundo en transformación, lo que parecía funcionar ya no funciona. Hay que pensar otras estrategias [...]. El desafío

es definir un marco estratégico con capacidad para adecuar las iniciativas a cada situación concreta. Lo ‘local’ alude a un ámbito territorial, el de la vida cotidiana: un barrio, una comarca rural, una localidad. Un espacio de sociabilidad primaria, donde para las mayorías es posible interactuar cara a cara. Todas las personas viven o sobreviven en algún lugar, aunque a través de sus interacciones cotidianas pueden generar ámbitos de intercambio más amplios, más complejos” (Coraggio, 2004a:309).

Son más las preguntas formuladas que las respuestas. No se pretende llegar a un diagnóstico acabado sobre la actividad de los cartoneros. Pero entendemos que formular las preguntas equivocadas suele desviar la mirada de los problemas que realmente importan. Desde el gobierno local se puso el énfasis en mostrar una ciudad ordenada, con plazas embellecidas, concesionando el servicio de recolección de residuos a una empresa privada: la basura parecía ser un tema excluyente de la empresa que contaba con un contrato monopólico, de modo que nadie tendría derecho a operar en la zona concesionada. Así, cuando se ensayan soluciones únicas a los problemas, el espacio de la política es abandonado –aunque sus defensores opinen lo contrario– ya que ni los fines ni los medios pueden ser discutidos, reemplazándolo entonces por la alquimia tecnocrática.

Resulta difícil realizar una propuesta en este contexto. Se trata de una tarea exigente porque no forma parte de nuestro trabajo cotidiano, donde nos enfrentamos típicamente con problemas previamente formulados. Pero estamos convencidos de que resulta necesario “proponer territorios posibles [o “viables”], ambientes posibles, lugares habitables en mejores condiciones (Bozzano, 2000: 11).

“Las acciones desde la sociedad y sus nuevos actores colectivos marcan una tendencia en la búsqueda de otro mundo posible, y nuestro papel puede ser el de reconocer, comprender y fortalecer esa tendencia, propiciar el encuentro del saber popular con el científico y anticipar la posibilidad de desarrollo de otro marco estructural” (Coraggio, 2004a:315).

La tarea implicaría una mayor integración en una sociedad que, como la argentina, tiene problemas no claramente identificados y que exigen soluciones prácticas en tiempo limitado. Además, resulta necesario pensar en la posibilidad de buscar nuevos instrumentos de análisis y/o redefinir aquellos vigentes para poder encarar el estudio de estos problemas⁴⁰.

40 Una propuesta interesante es la realizada por Coraggio quien después de diferenciar economía informal y economía popular, afirma la necesidad –en el actual contexto– de encarar varian-

Las políticas neoliberales no brindan justicia e integración social ni tampoco un buen funcionamiento de la economía tal como la definen sus mismos miembros. Las formas articuladas de economía alternativa (autogestionada por los trabajadores, social y solidaria, centrada en el trabajo y orientada por las necesidades de sus miembros) constituyen un desarrollo imprescindible desde cada rincón de la periferia para responder a la grave crisis social y política por la que atraviesa el modelo de economía capitalista en América Latina (Coraggio, 2004a:323).

El compromiso social nos mueve al menos a plantear algunos interrogantes que pueden propiciar una estrategia integrada. Como suele decirse, no formular ciertas preguntas resulta muy peligroso, y formularlas correctamente constituye la diferencia entre someterse al destino y construirlo. Entonces: ¿Por qué no realizar un censo adecuado? ¿Por qué no pensar en carnés para los cartoneros? ¿En matrículas para sus carros? ¿En protección de la salud?⁴¹ ¿En dividir la ciudad en zonas para que cada grupo de cartoneros tuviera un radio de acción delimitado? ¿Por qué no facilitar un galpón o terreno apropiado para el acopio y clasificación de los residuos?⁴² ¿Y galpones menores en distintos puntos de la ciudad, para evitar las largas caminatas hasta los depósitos que se encuentran en la periferia de la ciudad?⁴³ ¿Por qué no facilitar dos o tres camiones para favorecer el transporte al depósito, sobre todo de los carros cargados llevados por mujeres, hombres mayores o niños? ¿Por qué no organizar el reciclado del papel que surge de las propias oficinas

tes de economía social y solidaria que deriven hacia la economía del trabajo, con una lógica opuesta a la economía del capital, aunque su objetivo “era tan fuerte e ilimitado como el del capital: la reproducción ampliada de la vida, concepto no reducible a la visión consumista y cosificadora de las necesidades y sus satisfactores. La solidaridad se presentaba como una condición objetiva del bienestar propio antes que como un valor a priori asumido subjetivamente mediante una conversión ideológica” (2004a:18-19).

- 41 Unos guantes para las manos o capacitar un grupo de operadores de calle para que trabaje acompañando sobre todo a las mujeres y a los niños cartoneros, podría ser el comienzo.
- 42 Si se contara con un depósito propio y separados los materiales en cantidades atractivas para evitar la intermediación, se podría vender el papel, cartón, vidrio, metales e incluso empezar a reciclar algunos productos. Mientras ello no se concrete, van a seguir vendiendo todo por separado y a un precio menor, cuando sería posible vender en cantidad y seleccionar las calidades.
- 43 Además del terreno y el galpón, se necesitaría el acceso a servicios de luz, gas, agua, créditos para conseguir herramientas y la balanza. Todo resultaría factible en un plazo corto, de este modo se podría montar una planta de reciclado en un depósito grande, en una actividad donde resulta fundamental el volumen del material. Así, en lugar de que los cartoneros vendan lo que juntan, se podría dar también trabajo a otros y elaborar productos.

públicas –en cantidades interesantes– para evitar el problema de respetar el contrato con la concesionaria? ¿Por qué no fomentar el crédito?

Poco y nada se ha hecho desde ámbitos oficiales para estimular las asociaciones cooperativas, desconociendo su capacidad multiplicadora tanto para dar empleo como para ofrecer contención y participación en tiempos de crisis⁴⁴. En las condiciones de vida cotidiana de tantas personas, una política de gestión de los residuos orientada a la formalización y protección social y legal, y/o a la cooperativización de quienes inician el circuito informal del reciclaje impactaría de manera muy diferente que una política de represión de la actividad (Schamber y Suárez, 2002:10)⁴⁵.

Estamos ante una problemática que requiere capacidad de innovación y de cooperación. Ninguna acción estatal o pública unilateral ni la mano “mágica” del mercado la resolverá. Por ello, la posibilidad que encuentren respuestas aquellos interrogantes está no solamente en los responsables políticos de la ciudad –de fundamental importancia, desde el intendente al cuerpo de funcionarios– sino también en los propios involucrados –los cartoneros– y los ciudadanos en general, para favorecer emprendimientos comunitarios⁴⁶. En efecto, “los gobiernos locales adquieren un papel político revitalizado en consonancia con la crisis estructural de competencias y poder con que se encuentran los estados nacionales en el nuevo sistema global” (Borja y Castells, 2001:17).

La innovación que corresponde a los ámbitos locales enfrenta tres retos principales: el de la participación ciudadana –en un contexto de crisis de identidades colectivas y de participación en las instituciones representativas

44 El énfasis gubernamental estuvo centrado en los planes Jefas y Jefes de Hogar, desde nuestro punto de vista una especie de atajo que no lleva a ninguna parte, salvo a disfrazar la desocupación y fomentar las prácticas de punteros, éstos últimos, un gran antídoto a la organización social y política desde abajo. Pero esa es la cruda realidad política actual –casi estándar– que aparece sin embargo, escondida entre tanta prensa, con fotos y promesas.

45 Coraggio avanza más allá de las formas tradicionales de cooperativismo o ayuda mutua, donde el objetivo se aplica primordialmente a los miembros de la microorganización, incorporando una dimensión sistémica, donde la inclusión de todos es condición de la propia reproducción. Así, las cooperativas vuelcan sus excedentes en la comunidad que las nutre en su desarrollo (2004a:316).

46 Como sostiene Bozzano cuando realiza la propuesta de su libro. Está destinado a todos “aquellos que trabajan por mejores “territorios posibles””: diputados, senadores, concejales, intendentes y otros decisores políticos, organizaciones locales y grupos sociales con motivaciones comunes, arquitectos, urbanistas, planificadores, abogados, economistas, sociólogos, politólogos, psicólogos, antropólogos, biólogos, agrónomos, veterinarios, ingenieros forestales, ingenieros, agrimensores, martilleros, emprendedores urbanos y otros” (2000:11).

y los partidos políticos–; la cooperación social –necesidad imprescindible para afrontar problemáticas nuevas por su naturaleza o por su intensidad, como por ejemplo el empleo, la seguridad, el mantenimiento de espacios públicos pero también, la atención social a personas ancianas, el cuidado del medio ambiente, la promoción de actividades culturales– y la integración de políticas urbanas –mediante la asunción de competencias y funciones a nivel local que terminen con las políticas y organismos sectoriales, involucrando entonces, nuevas formas de gestión– (Botja y Castells, 2001:155).

En definitiva, resulta necesario aunar esfuerzos para la construcción consciente de otra economía:

“la economía real es el sistema que se da una sociedad para definir y resolver las necesidades de todos, generando y administrando recursos. Una economía *racional* es la que se orienta por la reproducción de la vida de todos con la mejor calidad posible, generando una tendencia a la mejora continua a lo largo de un ciclo de vida o intergeneracionalmente”⁴⁷ (Coriggio, 2004a:315).

El propósito debería ser que la ciudad se haga cargo de la basura que genera y en consecuencia establezca políticas de gestión de residuos que contemplen la recuperación y el reciclado, que tengan en cuenta a estos trabajadores informales. Por ello, queremos destacar que la finalidad de este ensayo ha sido promover la reflexión sobre la realidad de los recolectores informales de residuos para que se identifiquen algunos problemas. Es factible que, a partir de aquí, se abran posibilidades para que aportemos soluciones como científicos o con nuestros conocimientos y capacidades analíticas.

7. Consideraciones finales

El nuevo modelo tecno-económico se caracteriza por el gran dinamismo y el carácter excluyente de amplios sectores sociales y territorios. Su lógica combina las funciones más valorizadas –los grupos sociales productores de información y detentadores de riqueza– con las más degradadas –grupos sociales excluidos y las personas en condiciones de marginación–. Estos procesos existen en casi todas las ciudades y puede también apreciarse en

47 Es posible pensar una economía plural donde coexistan tres sectores y lógicas de la economía: la economía empresarial capitalista, la economía pública y la economía social y solidaria (Coriggio, 2004a:316). Ver 64-65 para las características de estos tipos.

la capital de la Provincia de La Pampa. En otros términos, la globalización económica estimula la informalidad local. Incluye un conjunto de actividades que pueden caracterizarse por su bajo nivel de capitalización y de productividad, su pequeño tamaño, el peso de las relaciones familiares, su incapacidad para cuantificar, calcular y planificar, y su ilegalidad (falta de inscripción en los registros del Estado, ausencia de cobertura de seguros sociales y de contratos formalizados, evasión impositiva) y, como consecuencia, su dificultad de acceder al crédito bancario y su dependencia de usureros (Coraggio, 2004b:340).

En este marco, los cartoneros representan uno de los más importantes y recientes fenómenos sociales del país, producto del acelerado empobrecimiento que Argentina registró en las últimas tres décadas y que se acrecentó, en particular, durante la del noventa.

Desde hace algunos años el paisaje urbano de Santa Rosa se ha modificado con la irrupción de aquellos que practican en realidad un oficio de origen centenario. Se trata de los cartoneros, protagonistas involuntarios de la propuesta medioambientalista que propone reducir, rehusar o reciclar los residuos, conformando a la vez, el primero y necesario eslabón del encadenamiento productivo de la industria del reciclaje.

En 1991 se inició una década diferente en la Argentina. En los primeros años de la década el país experimentó un importante crecimiento económico, en buena medida ligado a la internacionalización de su economía y a la modernización de sus comunicaciones y sistemas de gestión: la venta de los activos del país –en especial de las empresas públicas a bajos precios– y el flujo de capital extranjero, tanto en la inversión directa como en valores bursátiles, fueron pilares fundamentales del proceso. A la salida de la hiperinflación siguió una etapa que combinaba estabilidad monetaria, crecimiento de la deuda externa, ricos más ricos y una progresiva exclusión social y deterioro de las condiciones de vida.

Diez años después, la crisis socio-económica de 2001 y sus consecuencias, permitió a la sociedad mirarse a sí misma, corriendo el velo de un largo período de “fantasías” primermundistas. Cada uno de nosotros empezó a entender que al frente de un carro había una historia de vida, fruto de una historia común, la de los argentinos.

En este trabajo nos ocupamos de una actividad que fue gestada espontáneamente por los propios trabajadores, con la finalidad de obtener un ingreso

que les permita subsistir en un medio urbano en transformación. Del trabajo de campo surge que los primeros pasos en la actividad han estado atravesados por una conjunción de miedos y desafíos. La falta de trabajo –o el miedo a perderlo– empuja al aislamiento social o a crear barreras que separan del otro. Podemos apreciar cómo en cada momento se cruzan miradas que silencian solidaridad y miedo. El miedo suele disfrazarse de negación, aferrándose a otras cosas materiales, mirando para otro lado, tratando de no pensar en el que está cartoneando al lado.

El cartonero no está solo en el carro. Una serie de relaciones familiares, personalizadas y de confianza dan significatividad y contención al trabajo de la calle. Las redes de apoyo y solidaridad constituyen un recurso no mercantil que actúa como nexo no monetario entre el hogar y el entorno. La actividad está inserta en una red de relaciones de parentesco, amistad y vecindad: cuando se sale con otro, es un pariente, se vende al acopiador conocido, se clasifica con ayuda de la mujer y los hijos. El ingreso a la actividad se produce por contacto con algún amigo, pariente o vecino, lo cual muestra la importancia que juegan las redes en el acceso al cartoneo. También así se encuentran clientes fijos a partir de hacerse conocido con el otro.

Estamos en presencia de nuevas prácticas económicas que tienen como soporte físico a los carros que combinan en forma creativa las más variadas modalidades que suponen su utilización. Resultado del ensamblado de diferentes materiales y saberes que parecen aletargados en la memoria de los constructores –a la vez, en general, conductores– son la herramienta fundamental de aquellos que se enfrentan cada día a las exigencias de la reproducción vital.

Advertimos que el número de cartoneros ha aumentado y explicamos tal fenómeno: no lo reducimos a las condiciones que impone la crisis sino también debe incluirse las oportunidades que ofrece la selección y procesamiento de los residuos urbanos como estrategia de subsistencia, que se combina con el proceso de acumulación del capital de quienes intervienen en la pirámide del reciclaje. Creemos que es posible mejorar la situación de los más débiles, mediante políticas amortiguadoras –y reparadoras– sociales y urbanas integradoras. Las formas asociativas puede ser un mecanismo para negociar desde otra posición con grupos locales y conectores globales. Estamos ante una posible alternativa. Seguir con los cartoneros solitarios que salen a pelear la calle sin recursos o promover proyectos serios, basados en

planes concretos que podrían dar puestos de trabajo y modificar el proceso de recolección de residuos y de recuperación de material reciclable.

La ciudad es diferente a la que conocíamos, con nueva estructura y otros tipos de relaciones sociales que nos obligan a establecer otras categorías analíticas para su comprensión y en consecuencia, para favorecer intervenciones políticas apropiadas e innovadoras.

Esperamos con estas líneas haber contribuido al conocimiento de quienes en las peores condiciones han venido realizando una actividad sin que hayan sido tenidos en cuenta. La mayoría de los cartoneros sufrieron la exclusión una vez, al perder sus fuentes de trabajo. Luego, trabajando por cuenta propia, su situación resulta demasiado precaria. Este trabajo humildemente impulsa el debate en la búsqueda de políticas públicas y estimula a separar los residuos en casa. Mientras los cartoneros no tengan la suficiente valorización social, cada uno de ellos seguirá abriendo caminos, ganando confianza en sí mismos empujando un carro por la calle, encontrando rumbos en una etapa difícil de la Argentina. Dejamos aquí planteado lo que consideramos el problema central de lo urbano: la obtención de las condiciones de producción del espacio social y el conflicto suscitado por la legitimación del uso del mismo por la aparición –y competencia– de distintos sectores. Creemos que tal perspectiva muestra mejor una realidad de por sí compleja, que no puede ser entendida solamente por una interpretación que varíe entre unos extremos que van desde el rechazo a la aceptación solidaria de los nuevos actores.

8. Bibliografía

- ANGUITA, E. (2003). *Cartoneros. Recuperadores de desechos y causas perdidas*. Buenos Aires, Norma.
- BORJA, J. (2005). *La ciudad conquistada*. Madrid, Alianza.
- BORJA, J. y CASTELLS, M. (2001). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid, Taurus.
- BOZZANO, H. (2000). *Territorios reales, territorios pensados, territorios posibles. Aportes para una Teoría Territorial del Ambiente*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- CARBONETTO, D. (1985). *El sector informal urbano en los países andinos*. Quito, ILDIS/CEPESIU.
- CORAGGIO, J. L. (2004a). *De la emergencia a la estrategia. Mas allá del "alivio de la pobreza"*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- CORAGGIO, J. L. (2004b). *La gente o el capital. Desarrollo local y economía del trabajo*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- Diario *La Arena*, 14/07/2004, 10.
- DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (2006), *Boletín Estadístico* N° 5 [1°

- Trimestre de 2006], Santa Rosa, Ministerio de la Producción, Subsecretaría de Planificación y Evaluación de Proyectos.
- PEREZ SAINZ, J. P. (1991). *Informalidad Urbana en América Latina. Enfoques, problemáticas e interrogantes*. Caracas [Venezuela], FLACSO-Guatemala y Editorial Nueva Sociedad.
- PEREZ SAINZ, J. P. (1989). *Respuestas silenciosas. Proletarización urbana y reproducción de la fuerza de trabajo en América Latina*. Caracas [Venezuela], UNESCO/FLACSO-Ecuador y Editorial Nueva Sociedad.
- PINTABONA, J. y FERNANDEZ, G. (2003). “Carros e infravivienda: dispositivos móviles y ocupación transitoria del espacios social de la ciudad”, en *Scripta Nova: Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. VII, N° 146 (050), Barcelona, Universidad de Barcelona, agosto. Consulta [en línea], 11 de abril de 2006.
- SANTOS, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona, Oikos-Tau.
- SARAVÍ, G. A. (1994). “Detrás de la basura: Cirujas. Notas sobre el Sector Informal Urbano”, en QUIRÓS, E. GUILLERMO y SARAVÍ, G. A. (1994). *La informalidad económica. Ensayos de antropología urbana*. Buenos Aires, CEAL, pp. 101-190.
- SCHAMBER, P. J. y SUÁREZ, F. M. (2002). “Actores sociales y cirujeo y gestión de residuos. Una mirada sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense”, en *Realidad Económica* N° 190, Buenos Aires, Instituto Argentino de Desarrollo Económico. Consulta [en línea], 5 de mayo de 2006.
- TOURN, M. (2005). “Tiempos modernos: la ciudad hasta el presente”. Suplemento Caldenia, Diario *La Arena*, 6/11/2005, 4-5.